



La teoría de la hegemonía, una lectura desde el psicoanálisis y la deconstrucción

The Theory of Hegemony, a Reading from the Viewpoint of Psychoanalysis
and Deconstruction

Agustín MÉNDEZ

Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Argentina.

RESUMEN

El propósito del presente trabajo es desarrollar una lectura de la Teoría de la Hegemonía indagando el modo en que se conjugan en su interior los postulados de la deconstrucción y el psicoanálisis. Esta teoría considera toda formación social habitada por indecibles estructurales que permiten establecer el carácter contingente de cualquier ordenamiento. La necesidad de retotalizaciones hegemónicas en base a significantes vacíos portadores de goce permitirá comprender retroactivamente la noción de *différance* sostenida por Derrida en términos de falla o carencia, propio de los aportes psicoanalíticos lacanianos, que jalona a todo orden social al ser reconstituida permanentemente.

Palabras clave: Deconstrucción, hegemonía, psicoanálisis, vacío.

ABSTRACT

The purpose of this work is to develop a reading of the theory of hegemony inquiring as to how it combines in its interior the postulates of deconstruction and psychoanalysis. This theory considers any social formation inhabited by structural undecidables that permit establishing the contingent nature of any system. The need for hegemonic re-totalizations based on empty signifiers that carry enjoyment will make it possible to understand retroactively the notion of *différance* sustained by Derrida in terms of failure or lack, belonging to the Lacanian psychoanalytic contributions that pull all social orders toward permanent reconstruction.

Keywords: Deconstruction, hegemony, psychoanalysis, empty.

INTRODUCCIÓN

Ernesto Laclau, altamente crítico de los posicionamientos que conciben a la sociedad regida por una objetividad subyacente que la dota de una inteligibilidad racional total, reacciona tanto frente a la ortodoxia marxista así como también a los enfoques basados en la simple explosión de los movimientos multiculturales que, de acuerdo al enfoque posmoderno, no tendrían ningún sustrato común siendo mónadas inconmensurables unas con otras. Laclau, cuyas reflexiones se inscriben dentro del llamado posmarxismo, realiza desde sus primeras elucubraciones una operatoria deconstructivista de dicha tradición de pensamiento, especialmente a partir del concepto gramsciano de hegemonía para dar cuenta de las aporías internas en las que se basa. Dentro de una generalidad absoluta, se puede afirmar que la clave de lectura de este autor se apoya en la mutua contaminación entre lo particular y lo universal, concibiendo a la sociedad como una totalidad fallida, estructurada discursivamente, donde prima el accionar de la operatoria de articulación en la conformación de nuevos ordenamientos políticos.

El motivo de este trabajo es proponer una lectura del modo en que Laclau retoma ciertos aspectos de la deconstrucción derridiana y del psicoanálisis lacaniano. Lo que se pretende es observar e identificar el modo en que estas dos tradiciones operan en el armazón teórico de Laclau, dotándolo de una originalidad y profundidad encomiable.

De modo introductorio y tan sólo para plantear esta interrelación, se puede afirmar que la lógica deconstructiva, vía la *différance*, permite dar cuenta de la imposibilidad de toda identidad autorregulada, mientras que la operatoria psicoanalítica, mediante la noción de lo Real, permite dar cuenta de la formación de nuevos sujetos y procesos de subjetivación política.

1. TEORÍA DE LA HEGEMONÍA Y DECONSTRUCCIÓN. EL APORTE DE LA INDECIBILIDAD

En *Hegemonía y Estrategia Socialista* Laclau y Mouffe proceden a realizar una deconstrucción de la categoría marxista de hegemonía. En el capítulo 3 de dicha obra se ofrece la noción de “discurso” que la remiten directamente a la empleada por Derrida en su crítica al estructuralismo. Siguiendo a éste último, los autores muestran que toda identidad es relacional, constituida por el juego de las diferencias generada principalmente por la ausencia de un centro estructural que provea una fijación de sentido y que determine las posibilidades de combinaciones y sustituciones al interior de todo orden discursivo. La noción que Derrida acuñará para desestabilizar la idea de una totalidad autorregulada es la *différance*.

La *différance* opera como ese no-concepto, que se halla en la base de toda operación deconstructiva, mostrando la aporía interna sobre la que se articula toda identidad. La “a” marca el juego de alteridad, espacialidad y temporalidad que hace imposible toda plenitud absoluta y autocontenida: “la *différance* es el origen no pleno, no simple, el origen estructurado y diferente de las diferencias [...] El movimiento según el cual la lengua o cualquier código o todo sistema que nos remita a algo en general se constituye históricamente como un tejido de diferencias”¹.

Esta *différance*, tanto en el sentido de aplazar y como ser diferente, se constituye en un doble movimiento: de temporalización, es decir un efecto de retardo de la presencia a sí misma, y de espaciamiento, la cual señala que, entre los distintos elementos de una cadena, se encuentra un intervalo, una distancia que los separa y singulariza a cada uno de ellos. De esta manera el espacio se hace

1 DERRIDA, J (1977). *Posiciones*. Pre-Textos, Valencia, España, pp. 75-76.

tiempo en un movimiento co-originario por el cual, a su vez, el tiempo deviene espacio. Con esta idea se quiere dar cuenta de la alteridad interna de cada elemento, cuestionando los postulados de una identidad plena y reductible al presente puntual de su inscripción. La noción de espaciamento (devenir espacio del tiempo y tiempo del espacio), que sobrepuja la temporalidad, haciéndola diferir internamente en una actividad generadora de diferencias, de casos singulares e irreductibles unos a otros, se entrelaza con la iteración del signo (ítara, del sánscrito otro). En su proceso deconstructivo, resaltando la hiancia entre significativo y significado, Derrida demuestra que ningún contexto puede agotar por completo la utilización de un signo. Al contrario, éste, para ser tal, debe repetirse, re-inscribiéndose en una pluralidad de momentos y situaciones de significación y al hacerlo se modifica a sí mismo y al contexto en el que opera (constituyendo la repetición en la alteridad): el presente/sentido de toda identidad se encuentra dislocado/diferido de sí mismo.

Este análisis es recuperado por Laclau al afirmar que toda estructura se encuentra siempre ya dislocada, por lo que requiere de un exterior constitutivo que opera a la vez como su condición de posibilidad e imposibilidad. Toda estructura, al estar habitada por indecibles, muestra la imposibilidad de ser ella misma una unidad de sentido autorregulado. Como afirmará Laclau, la dislocación es la huella de la contingente en lo necesario, dando origen a la subversión permanente entre ambos ámbitos.

La labor deconstructivista muestra que este entrelazamiento constitutivo entre lo interior-exterior nunca se puede definir con precisión: el límite que separa lo interno de lo externo no puede diferenciarse plenamente. Los indecibles introducen una cuña al interior de las oposiciones metafísicas demostrando la multiplicidad de sentidos opuestos e inseparables de un mismo término: de ahí su función de *entre, ni-ni o bien o bien*, es decir que se posicionan simultáneamente más acá y allá de todo límite que determina la pertenencia y exclusión a un sistema, fracturando el carácter jerarquizante de todo binarismo: la huella no es ausencia ni presencia, el *pharmakon* ni es veneno ni remedio, o bien, ambos a la vez. Aquello que aparece como algo ajeno opera siempre ya desde lo más interior de toda identidad.

La deconstrucción de la “metafísica de la presencia” pone de manifiesto el hecho que

la ausencia de un significado trascendental hace que toda diferencia tienda hacia otra para significarse a sí misma: toda articulación de sentido suplementa este vacío estructural, produce un himen; pero este suplemento resulta siempre precario, dado que se encuentra el mismo, siempre ya marcado en su origen por la contingencia (la archihuella)².

La noción de suplemento, que es siempre suplemento de un suplemento, es propia del juego de las diferencias, es decir de un elemento que suple esa falta de centro regulador. El suplemento no sustituye nada que lo haya pre-existido: es una no-presencia que no deja pensarse en la dualidad presencia-ausencia. El suplemento hace referencia a esa falta que habita toda identidad requiriendo de una alteridad para erigirse como tal: el corolario de todo ello es que “la diseminación al producir una serie no finito de efectos semánticos no puede ser reconducido a un origen simple ni a una presencia escatológica, marca una multiplicidad irreductible y generativa”³.

La estrategia general de la deconstrucción, que no puede devenir en un método que brinde reglas a seguir, lleva adelante una operatoria de remarque de las oposiciones sobre las cuales se

2 PALTÍ, E (2005). *Verdades y saberes del marxismo: reacciones de una tradición política frente a su “crisis”*. FCE, Bs. As, Argentina, p. 96.

3 DERRIDA, J (1977). *Op. cit.*, p. 60.

constituye el edificio de la metafísica. Así, en primer lugar, realizará la inversión de dicha jerarquía, mostrando la contingencia de tal ordenamiento. Si bien esto es algo indispensable, no puede el trabajo deconstructivo quedarse en ello, ya que sería un simple reordenamiento de los términos. Lo buscado, por el contrario, es desplazar la estructura propia de todo binarismo. De esta labor se encarga la lógica de la *paleonimia* o estrategia de los viejos nombres, que permite una operatoria a la vez interior y exterior de toda díada conceptual. Esta consiste en mantener el término sometido en la oposición, y mediante una disimetría estratégica, se lo generaliza y reinscribe, permitiendo que se desdoble y funcione bífidamente: se toma prestado un término de la tradición logocéntrica para nombrar lo que es innombrable dentro de su clausura.

La operatoria derridiana se basa siempre en el juego de la textualidad e intertextualidad, “el texto es tejido de textos, un entramado de diferencias diseminado al infinito, indecidible, de modo que resulta difícil determinar dónde acaba un texto y dónde empieza otro: lo único que hay es texto “à *perte de vue*”, al infinito⁴. De esta manera la deconstrucción es el juego de la diseminación de sentido, remisión incesante de huellas entre sí, en una alusión sin fondo ni fin, operatoria de doble pliegue o re-marca, donde el injerto textual se multiplica al infinito.

Si el discurso constituye las condiciones de posibilidad de todo objeto, inscribiéndolo en el campo el ser (y no la mera existencia), toda práctica de articulación busca fijar parcialmente las diferencias no articuladas, es decir pasar de ser elementos a momentos de un orden significativo. Sin embargo esto es algo que es imposible de concretar con éxito, “La ausencia de un significado trascendental extiende infinitamente el dominio y el juego de la significación⁵.”

La deconstrucción, de esta manera, se vuelve un operador teórico de gran importancia para la Teoría de la Hegemonía puesto que torna visible la contingencia de toda relación y el carácter profundamente relacional de toda identidad. La hegemonía por ello se nutre de la misma en tanto teoría de la decisión.

Si la lógica hegemónica reconoce su deuda primaria con el movimiento derridiano es porque este muestra la estructura indecidible de todo orden:

la archi(huella), la archi(escritura), *différance*, fármaco, suplemento pero también diseminación, himen marca/margen/marcha son indecidibles, esto es unidades de simulacro que no se dejan encerrar en ningún tipo de definición o de significado último ni ser incorporados de forma habitual en la cadena tradicional de oposiciones sino que, por el contrario, introducen una fisura mortal en el campo jerarquizado de estas al mostrar la posibilidad de establecer en todo concepto o noción una multiplicidad de sentidos inseparables, a menudo opuestos, resaltando de este modo la absurdo de la pretensión metafísica del querer-decir y minando las tendencias hacia un centramiento teórico, hacia una verdad⁶.

La deconstrucción, vehiculizada por la lógica seminal de la diseminación que posibilita la apertura de lo social y muestra la contingencia de todo orden, permite ampliar el ámbito de los indecidibles estructurales y, a su vez, sentar las bases para el desarrollo de una teoría de la decisión. Este enfoque teórico es altamente productivo para los postulados de la Teoría de la Hegemonía porque concibe a lo político como el momento de institución de lo social, aquello que permite “reactivar” las

4 PERETTI, C (1989). *Jacques Derrida. Texto y Deconstrucción*. Anthropos, Barcelona, España, p. 164.

5 DERRIDA, J (1989). *La escritura y la diferencia*. Anthropos, Barcelona, España, p. 385.

6 PERETTI, C (1989). *Op. cit.*, pp. 156-157.

sedimentaciones sociales existentes. Por más institucionalizada que esté una práctica/identidad social, la misma nunca puede ocultar absolutamente la huella de su contingencia. En segundo lugar, e íntimamente ligado a esta primera aportación, la deconstrucción permite demostrar el carácter siempre precario y parcial de toda institución política, es decir, la imposibilidad de una cristalización absoluta de sentido.

En correspondencia con esto último, Laclau sostiene que la lógica hegemónica puede enlazarse correctamente con la operatoria derridiana de la espectralidad. La relación de éste con un cuerpo es un lugar indecible en el que universalidad y particularidad se contaminan mutuamente:

por la que cierto contenido excede su propia particularidad y pasa a ser la encarnación de la comunidad, es lo que llamo una relación hegemónica. Como vemos, esta presupone la lógica espectral: la plenitud del espíritu, como no tiene contenido propio, sólo puede existir a través de su dependencia parasitaria respecto de un cuerpo particular; pero este cuerpo es subvertido y deformado en su propia particularidad en la medida que pasa a ser la encarnación de la plenitud⁷.

Sin embargo, esta lógica espectral no permite dar cuenta porque hay otros "cuerpos" que luchan por encarnar ese espíritu, por lo que este último se autonomiza relativamente: Laclau ejemplifica esto mostrando que en una situación de desorden radical, el Orden en tanto tal, el principio ontológico de representación de la plenitud ausente de la sociedad, cobra cierta autonomía respecto del contenido particular que lo encarna.

2. MOMENTO DERRIDIANO-MOMENTO-LACANIANO. RUPTURAS Y DESLIZAMIENTOS

Es desde este momento en que se empieza avizorar el modo en que la Teoría de la Hegemonía se desliga de la deconstrucción, cuyo énfasis se pone de manifiesto con más fuerza al abordar la cuestión de la decisión.

Si la deconstrucción muestra la indecidibilidad de todo orden reactivando su origen político y posibilitando la subversión del mismo, abre las condiciones para formular la noción de decisión. La indecidibilidad/decisión, como resalta Derrida y sigue Laclau, es primaria de todo orden social existente: sólo puede haber decisión (y no elección) si la misma pasa por el tamiz de los indecibles.

Sin embargo, la Teoría de la Hegemonía produce una disyunción en relación a las perspectivas deconstructivistas que intentan fundamentar la decisión en un postulado ético basado en la apertura a la alteridad radical de lo otro. Según Laclau, no se puede buscar un fundamento que sostenga la decisión como una exhortación ética debido a la indecidibilidad de la estructura: es a causa del carácter constitutivamente incompleto que las decisiones tienen que ser tomadas, pero dado que de lo que se trata es del carácter incompleto de las reglas y no de una ausencia total de las mismas, el problema de una fundamentación ética total nunca surge⁸.

La ruptura con el movimiento derridiano se puede observar a partir de una diversidad de puntos, aunque dos (que están inextricablemente entrelazados) se vuelven sumamente visibles, y permiten fundamentar el pasaje hacia la operatoria psicoanalítica-lacanian: 1) concebir al movimiento tropológico que subvierte el sentido como el lugar de la emergencia del sujeto, erigiendo a la decisión como un acto de identificación simbólica, y 2) demostrar que toda articulación política hegemónica

7 LACLAU, E (1996). *Emancipación y Diferencia*. Ariel, Bs. As., Argentina, pp. 131-132.

8 *Ibid.*, p. 143.

se halla sustentada en la existencia de significantes amos/vacíos que permiten fijar parcialmente el juego de las diferencias.

Lo que está a la base de todo esto es la noción de antagonismo como límite de toda objetividad.

En relación con esto último, Laclau encuentra que las diferencias por sí mismas no logran generar una formación hegemónica:

si permanecemos en el campo de las diferencias, permanecemos en el campo de una infinitud que hace imposible pensar ninguna frontera y, que en consecuencia, disuelve el concepto de formación. Es decir, que los límites sólo existen en la medida en que un conjunto sistemático de diferencias se recorta como totalidad respecto de algo más allá de ellas y es solamente a través de ese recortar que la totalidad se constituye como formulación⁹.

Asimismo, afirma que

la imposibilidad del cierre ha sido presentada hasta aquí como la precariedad de toda identidad, que se muestra como movimiento continuo de diferencias [...] ¿no hay ciertas “experiencias” ciertas formas discursivas, en que se muestra, no ya el continuo diferir del “significado trascendental”, sino la vanidad misma de este diferir, la imposibilidad final de toda diferencia estable y, por tanto, de toda “objetividad”? La respuesta es que sí [...] y ésta es el antagonismo. Este mismo marca el fracaso de las diferencias¹⁰.

Por último, sostiene que “el juego de las diferencias es al mismo tiempo la apertura y el congelamiento de ese juego [...] no creo que sea posible algo así como un juego irrestricto de las diferencias ni siquiera como un ideal activo. Sólo puedo abrir el terreno de algunas posibilidades históricas si cierro otros”¹¹.

La lógica del antagonismo y la necesidad de fijar un orden permiten pasar del juego irrestricto de las diferencias en una estructura descentrada a la noción lacaniana de “lo simbólico” estructurado en torno a un Real inaprensible.

El aporte lacaniano/psicoanalítico debe ser pensado a partir de la incorporación de la falta y su estructuración en torno de noción de goce (*jouissance*), perdido por definición. Como afirma el pensador argentino, la noción de afecto, en tanto catexia diferencial en un objeto, supone la existencia de desniveles en lo social y a su vez incorpora la posibilidad de pensar la fuerza que adquiere toda fijación hegemónica.

Sin embargo, es necesario recalcar que este momento de fuerza que permite pensar el momento de la re-totalización hegemónica no significa que de ahora en más se torne obsoleta la operatoria deconstructivista, ya que como resalta Laclau, todo objeto es concebible mediante sus condiciones de posibilidad que lo trascienden, siendo este horizonte constituido por infraestructuras indecidibles.

Una última aclaración preliminar consiste en remarcar que este pasaje de “Derrida a Lacan”, del juego de las diferencias al campo de la afectividad/goce no es ilegítimo, ya que como demuestra

9 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una democracia radicalizada*. Siglo XXI, México D.F. México, p. 165.

10 *Ibid.*, pp. 145-145.

11 LACLAU, E (2008). “Los usos de la igualdad”, in: CRITCHLEY, S & MARCHART, O (2008). *Laclau, Aproximaciones Críticas a su obra*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 411.

Laclau la afectividad no es un elemento agregado a la significación sino que, por el contrario, es co-constitutivo de él: toda significación existe en relación a una investidura afectiva diferencial.

Retomando la cuestión del “momento lacaniano”, este se torna claramente identificable cuando Laclau afirma que, a pesar de la imposibilidad de fijación última de sentido, “un discurso en el que ningún sentido pudiera ser fijado no es otra cosa que el discurso del psicótico [...] lo social no es tan sólo el juego infinito de las diferencias. Es también el intento de limita este juego de las diferencias, de abarcarla dentro de la finitud de un orden”¹².

3. EL PSICOANÁLISIS: LO REAL, EL SUJETO Y EL OBJETO A

La Teoría de la Hegemonía debita su deuda con el psicoanálisis a partir de la noción de falta que éste incorpora dentro de toda estructura. La falta psicoanalítica en este caso (y a diferencia de la postulada por la deconstrucción) incorpora la dimensión de la afectividad. Hay un cambio en el registro de la implicancia de la falta con respecto a la deconstrucción: en el psicoanálisis ésta hace referencia a la pérdida de *jouissance* (tanto en el sujeto como en el objeto, como se verá más adelante) debido al hecho de que el sujeto es efecto del significante: éste lo constituye a la vez que lo aliena a sí.

Siguiendo a Braunstein¹³, se puede afirmar que la “barra” del sujeto en el orden simbólico lleva como consecuencia la evacuación del goce/real del cuerpo del viviente produciéndose una modificación en la satisfacción corporal. Goce y significante son opuestos e inamisibles. La principal consecuencia de la pérdida de goce es la no complementariedad de los sexos (*no existe la relación sexual*): el mismo es desde siempre parcial, pudiéndose obtener una ganancia o pérdida de aquel. Hay que resaltar que esto es así inexorablemente: sin el obrar del significante no hay goce, pero la producción del mismo por el orden simbólico lo constituye siempre ya en una dimensión de pérdida en la satisfacción sexual corporal.

Lo Real/goce en la teoría lacaniana hace referencia a este excedente que es inaprensible por aquello mismo que lo genera, es decir, lo simbólico. Lo Real es el límite interno que muestra la falta en la que se encuentra el Gran Otro simbólico para constituir al sujeto como tal: no hay Otro del Otro, éste no tiene garantías, sino que está también barrado, deseante,

el sujeto solo puede ser un sujeto tachado desde el momento en que el Otro completo que podía garantizar la constitución plena del sujeto está ausente. El sujeto barrado, no obstante, no deja de desear su completitud ausente: es el hecho de que está tachado lo que postula la completitud como perdida (prohibida) pero posible en principio, es decir posible de ser deseada¹⁴.

Lacan explica el hecho de la subversión del signo mostrando que hay una barra constitutiva e inherente a la relación entre significado/significante, estableciendo una relación de primacía del segundo por sobre el primero. Siendo el punto de *capitonage* un corte metafórico de un desplazamiento metonímico, su función será detener el deslizamiento de una cadena significante generando retroactivamente el efecto de significación. La conclusión de ello es que el significado está perdido para siempre, formando parte de lo Real.

12 LACLAU, E (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestros tiempos*. Nueva Visión, Bs. As., Argentina, pp. 104-105.

13 BRAUNSTEIN, N (2005). *El Goce. Un concepto lacaniano*. Siglo XXI, Bs. As., Argentina.

14 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Lacan y lo político*. Prometeo, Bs. As., Argentina, pp. 79-80.

El “objeto a”, pérdida necesaria para que surja el sujeto, no sólo es el objeto causa de deseo, posicionándose “detrás” de aquel y generando su búsqueda/desplazamiento incesante/metonímica, sino que a la vez, y dada la imposibilidad de la “unión mítica” con el objeto primordial del deseo que representa la Madre, se genera un espacio que busca ser llenado de algún modo, y es precisamente el denominado “objeto a” el que permitirá “obturar” esa falta/pérdida, constituyéndose en objeto de satisfacción pulsional. Goce será el nombre que Lacan le da precisamente a la cancelación de dicho estímulo: “las ahora pulsiones se contentan con estas pequeñas nada, estos objetos que la satisfacen. Lacan los llama objetos a; y son por así decirlo simulacros del objeto materno perdido o das Ding”¹⁵.

La problemática del objeto a como plus de goce debe ser entendido a partir de la relectura que Lacan hace del Complejo del *Nebenmensch* freudiano. De acuerdo a su interpretación, éste se encuentra dividido en *das Ding* y *vorstellungen*, es decir entre dos componentes, uno ligado como algo constante que permanece unido como una cosa (*das Ding*) y otro que puede ser comprendido por la actividad de la memoria, siendo este el sistema de representaciones que forman parte del mundo cotidiano y que permiten ser capturados por *vorstellungen*.

Sin embargo, el problema es que hay algo de la “Madre” que no es comunicable al orden del *vorstellungen* por lo que se abre un agujero en este espacio regulado por los significantes. No es que no se puede reencontrar esa plenitud mítica; su ausencia no es una imposibilidad del pensamiento mismo, sino un vacío en el ser. El meollo de la cuestión no es que la Madre escapa a esa representación/*vorstellungen* sino que el goce que la vincula al sujeto se perdió y esa pérdida “agota” la totalidad del ser. El concepto de *laminilla*, permite esbozar una salida de esta paradoja. Lacan la conceptualiza como el órgano de la libido sustraído al ser por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual. Pero

aunque la vida inmortal indestructible nos ha sido sustraída, aún permanecen algunos representantes (no representaciones) en forma de pequeños objetos libidinizados [...] ese órgano la libido que no tiene necesidad de órganos, dado que es en sí mismo pura y total autosuficiencia, no existe ni jamás ha existido (o no hay plenitud original), y no obstante, algo de ese tiempo mítico y esa autosuficiencia inexistentes permanece. Partes y fragmentos de ese órgano original y puramente mítico han quedado atrás en forma de objetos parciales¹⁶.

La pulsión emerge a partir de la incorporación de un tercer componente, además de *das Ding* y *vorstellungen*: la noción de *vorstellungrepräsentanz* o representante ideacional, siendo aquella que permite “aprehender” lo bueno de *das Ding*. Huelga aclarar que esta “aprehensión” no se refiera a algo que era de la Cosa Materna, sino algo en lugar de ella, permitiendo obtener parte de ese goce perdido. La pulsión permite comprender al goce como algo que se inscribe dentro de una economía política donde se juega una instancia de pérdida y ganancia (plus de goce): “*vorstellungrepräsentanz* no es una representación ordinaria [...] sino una clase peculiar de representación que nos permite apropiarnos de algo de no-ser, de algo de goce o satisfacción”¹⁷.

La relación entre la pulsión y el objeto a, si bien es contingente, ya que la catexia diferencial en aquél no está predeterminada por el objeto de la investidura, muestra una discontinuidad radical entre un objeto y otro. La sublimación de la pulsión es un elemento indispensable para pensar esto ya

15 COPJEC, J (2006). *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y Sublimación*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 60.

16 *Ibid.*, p. 63.

17 *Ibid.*, p. 83.

que la misma significa investir un objeto con la dignidad de la Cosa: la sublimación no es un cambio de un objeto a otro de mayor valor cultural, sino que por el contrario, implica un cambio en el objeto mismo, ya que éste representará la plenitud de *das Ding*. Este goce se halla en los objetos a u objeto plus de goce: el objeto parcial, el valor del pecho materno, rompe la díada madre/hijo, dejando de ser un objeto que evoca esa totalidad mítica, para encarna la totalidad misma: el pecho materno no es una del parte del todo sino una parte que es el todo.

Estos elementos permiten ver la relación entre psicoanálisis y Teoría de la Hegemonía. Si la última se apoya en la expansión de las relaciones de representación, el psicoanálisis se incorpora a la teoría laclauiana a partir de la lógica del significante tal como es sostenida por Lacan a través de la primacía de éste último en todo proceso de significación. Esta caracterización permite adensar la caracterización del significante amo/vacío como aquel que permite totalizar/hegemonizar una formación social/orden significativo.

Dado que “la falta es introducida en la intersección de lo real con lo simbólico, lo simbólico supone una falta. La falta emerge en y través de la simbolización de lo real [...] lo real está emparentado con la falta porque en el proceso de simbolización, el significante produce el significado de la ilusión imaginaria de alcanzar lo real perdido”¹⁸, esto lleva a indagar la conceptualización laclauiana del antagonismo/dislocación como lo Real lacaniano.

En este punto necesario resaltar que el dispositivo lacaniano aparece en la obra de Laclau a partir de las críticas que realiza tempranamente Zizek, donde éste liga la noción de antagonismo a la de lo Real, como un núcleo traumático no simbolizable, diferenciándolo del antagonismo histórico: toda identidad librada a sí misma ya se encuentra barrada/imposibilitada (esto es lo Real del antagonismo), mientras que la producción discursiva del otro como enemigo que impide y amenaza la existencia propia es producto de la proyección de esa imposibilidad inherente.

En relación a esto, Laclau responde modificando parte de su aparato conceptual. La dislocación es la falla/falta de toda estructura y el antagonismo una de las inscripciones discursivas de la misma, significándolo como enemigo/amenaza. Lo Real del antagonismo opera como motor y límite: es un obstáculo para la presencia plena de toda identidad, puesto que la misma está siempre ya dislocada, siendo por ello mismo, la noción que opera como su condición de posibilidad, puesto que la propia imposibilidad de simbolizar lo Real, *aquellos que no cesa de no escribirse*, impulsa su intento de simbolización. Lo Real del antagonismo o la dislocación estructural de toda identidad, se presenta en la forma de interrupción de la objetividad social, mostrando su límite en tanto imposibilidad de constituirse como tal por sus propios medios. El momento de confrontación antagónica es en sí mismo irrepresentable, por eso Laclau la asimila al *dictum* lacaniano de “*no existe la relación sexual*”, es decir que no hay una complementariedad entre los sexos. Éste es un núcleo verdadero/imposible que sólo puede entrar en el campo de la representación a través de desplazamientos contingentes topológicos. El antagonismo en este caso es un núcleo Real que evita el cierre del orden simbólico. Que la diferencia sexual sea Real significa que no hay una forma preconcebida de relación entre los sexos. De idéntica manera, el antagonismo, al estar atravesado por un elemento irrepresentable, impide que los intentos de significación de aquel estén ligados a algún contenido particular determinado a priori, abriendo el camino a la constitución de diversas rearticulaciones hegemónicas.

De esta manera “un intercambio fructífero entre la teoría lacaniana y el enfoque hegemónico de la política es que en ambos casos cualquier forma de no fijación, el desplazamiento topológico y

18 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Op. cit.*, p.75.

similares está organizado alrededor de una falta original que a la vez que impone una tarea extra a todos los procesos de representación también abre el camino a una serie indefinida de sustituciones [...] Si la repetición se torna posible/imposible por una falta primordial, ningún contenido óptico puede monopolizar el principio de representabilidad como tal¹⁹.

En su última obra, *La Razón populista*, Laclau asimila la heterogeneidad social a lo Real, desdoblándola en tres aspectos. 1) Como aquello que carece de lugar definible dentro del orden simbólico existente. Esta heterogeneidad puede ser vista como la existente entre las fuerzas antagónicas, ya que no hay una recuperación dialéctica entre ambas, sino que son inconmensurables las unas con las otras: la resistencia de la fuerza antagonizada no es derivable lógicamente de la fuerza antagonista, “los puntos de resistencia a la fuerza antagonizante siempre van a ser externos a ella [...] no hay puntos privilegiados de ruptura y disputa a priori”²⁰; 2) también hace referencia al hecho de la imposibilidad de las cadenas equivalenciales de eliminar la dimensión particular de las demandas, y 3) la vincula a aquellas demandas que no pueden ser incorporadas a ninguna de las cadenas equivalenciales en confrontación; dado su contenido particular estas demandas son dejadas aparte (heterogeneidad en este caso no es diferencialidad).

La heterogeneidad, en su triple determinación, pone de manifiesto la crítica al espacio de representación como algo suturado, ya que éste se halla constituido por lo Real (un elemento *extimato*) que lo subvierte permanentemente:

la relación entre lo interior y exterior debe ser reemplazado por un juego mucho más complejo en el cual nada es completamente interno o completamente externo; toda internalidad va estar siempre amenazada por una heterogeneidad que nunca es una externalidad pura porque habita en la propia lógica de la constitución interna²¹.

En relación a esta heterogeneidad cobra primacía la función del significante vacío. Éste, que representa la plenitud ausente de la sociedad, tiene una función homogeneizadora de lo social, por lo tanto no sólo representa sino que genera esas mismas cadenas. El nombre del significante vacío se encuentra investido afectivamente, por lo que constituye no sólo la unidad de un grupo sino también su fundamento: la identidad y unidad del objeto son producto de la operación de nominación, siendo el nombre el fundamento de la Cosa, y por tanto la unidad de las cadenas equivalenciales depende de su productividad social.

La conclusión que se desprende es la afirmación de la primacía de lo heterogéneo, ya que la homogeneidad es siempre lograda por este significante amo. Sin embargo, lo heterogéneo, en tanto expresión de la unidad fallida/ser deficiente, no sólo está ausente, sino que *se hace presente* como aquello que está ausente. Este significante vacío permite realizar una articulación hegemónica introduciendo orden donde allí no lo había; sin su existencia/accionar no sería posible un proceso de significación. Si lo Real del antagonismo es asimilado a la diferencia sexual, el significante vacío se asimila a su cifra complementaria: “hay algo del Uno”. La *suppléance* es una situación de catacresis que no sutura el vacío simbólico sino que representa su falla, es el nombre que se le da a lo innombrable.

19 LACLAU, E (2003). “Identidad y hegemonía. El rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas”, in: BUTLER, J; LACLAU, E & ZIZEK, S (2003). *Contingencia, universalidad y hegemonía. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 77.

20 LACLAU, E (2005). *La Razón Populista*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 190.

21 *Ibid.*, p. 195.

En sintonía con este derrotero, el sujeto, previo a la subjetivización, es definido por Laclau como la distancia entre la estructura y la decisión: habita la falla que disloca a aquella, buscando cerrar sus brechas. El sujeto no es externo a la estructura sino un producto de la imposibilidad de su constitución. Este se encuentra parcialmente autodeterminado, siendo esta autodeterminación no la expresión de lo que el sujeto ya es, sino el resultado de su *falta en ser*. Si no hay identidad, sólo puede haber procesos de identificación. Lo cual no hace más que suscribir a la concepción lacaniana del Gran Otro barrado, es decir concebir a la estructura del lenguaje como *no-todo*. La operación de separación del sujeto y el Gran Otro acontece cuando el sujeto percibe a aquel como también imposibilitado, en falta, pudiendo en consecuencia introducir rearticulaciones en el campo sociosimbólico.

Se pone de manifiesto que la lógica hegemónica, *en tanto decisión*, busca suturar esa falla, cerrar su brecha. Se desprende que será la noción de falta la que posibilite y desencadene todo proceso de identificación simbólica. Sin embargo, la lógica de Laclau no cae en el decisionismo: para este autor la plenitud de la sociedad, ese momento vacío, está en la raíz de lo ético. La justicia, por ejemplo, es un término vacío sin contenido conceptual y vivido como el reverso negativo de una situación experimentada como injusta. Lo ético está en la experiencia de una falta, es la distancia entre lo que es y lo que debería ser. Si el momento ético es vacío, no se puede desprender de él un contenido normativo *a priori*. La decisión constituye ese investimento radical de un contenido normativo que pretende representar la sustancia ética de la comunidad. Así la decisión está internamente dividida, por un lado representa el principio de la plenitud ética y por otro lado un contenido óntico /normativo particular que lo encarna.

Al estar todo sujeto constituido en una estructura dislocada, su decisión estará condicionada por las prácticas sedimentadas/normativas de la misma, ya que ninguna dislocación disuelve la totalidad de lo existente: su función será la de una reconstitución de ese orden alterado. La decisión nunca es la *creación ex nihilo* de una nueva formación social, sino que es un desplazamiento de ese objeto imposible de la inversión ética. La decisión, por consiguiente, no es arbitraria sino que se torna legible a partir del contexto en el cual es tomada.

Por último, Laclau establece un isomorfismo entre la lógica del "objeto a" (tal como se desarrolló en la primera parte de este acápite) y el vínculo hegemónico:

la totalidad mítica, la díada madre/hijo, corresponde a la plenitud no alcanzada, evocada –como su opuesto– por las dislocaciones ocasionadas por las demandas insatisfechas. La aspiración a esa plenitud o totalidad, sin embargo no desaparece simplemente, sino que es transferida a objetos parciales que son los objetos de las pulsiones. En términos políticos esto es exactamente lo que hemos denominado una relación hegemónica: una cierta particularidad que asume el rol de una universalidad imposible²².

El objeto a, fuente de goce, al darle un nombre a esa ausencia, es idéntico a la operatoria de los significantes que vacían su particularidad hegemonzando el campo social.

La condición de posibilidad de la política/populismo es que una parte de la comunidad, la *plebs*, no se conciba a sí misma como una fracción del *populus*, sino como una parte que reclama ser el legítimo representante de la totalidad. La inversión de la relación parte/todo resalta que la puja *populus/plebs* se convierte en el lugar de una

tensión inerradicable en la que cada término absorbe, y al mismo tiempo, expulsa al otro. Esta tensión *sine die* es la que asegura el carácter político de la sociedad, la pluralidad de encarnaciones del *populus* que no conducen a ninguna reconciliación final de los dos polos. Es por ello que no existe parcialidad que no muestre en su interior las huellas de lo universal²³.

4. DEL JUEGO DE LAS DIFERENCIAS A LA REARTICULACIÓN HEGEMÓNICA: LA NOCIÓN DE FALTA

Luego de este derrotero por los distintos momentos de la Teoría de la Hegemonía es necesario ensayar aunque sea de modo provisorio una conclusión sobre la interrelación dentro de los postulados de Laclau de las lógicas psicoanalíticas y deconstructivas.

Siguiendo a Rinesi²⁴ se puede percibir en Laclau una preocupación mayor sobre los procesos de constitución de nuevos órdenes sociales, un énfasis mayor en los procesos de re-totalización hegemónica, antes que el modo en que los mismos se debilitan: el acento está puesto en observar cómo lograr que la sociedad “exista” a partir de nuevas articulaciones políticas.

Se ha esbozado que el “momento deconstructivista” de la Teoría de la Hegemonía se basa en mostrar la indecibilidad de toda estructura, situación que se manifiesta en la distancia existente entre la pluralidad de ordenamientos que eran posibles a partir de ella y el que finalmente prevaleció.

Derrida afirma que no existe sentido por fuera de las diferencias. De la mano de esto sostiene la caducidad del concepto de totalización, ya que el campo de lo social es efecto del juego infinito de las diferencias. Sin embargo, la preocupación teórica de Laclau abandona la postura meramente deconstructivista de afirma la imposibilidad última de fijación de sentido: la indagación acerca de nuevos procesos de subjetivación política, que generen nuevos órdenes hegemónicos, lo acercan a la lógica de la falta, brindada por el psicoanálisis.

Esta situación lo deja muy en claro cuando afirma que:

en el discurso destotalizante de De Man lo que es importante es mostrar la heterogeneidad a partir de la cual el movimiento topológico opera. Esto es también vital para un análisis hegemónico. Pero lo que es decisivo para este último es la determinación de las re-totalizaciones parciales que el movimiento topológico hace posible²⁵.

Estas re-totalizaciones deben ser demandas por el vacío inherente de toda estructura, por lo que ese vacío debe tener una especificidad que permita establecer los modos en que se desprenden de él cierta fijación de sentido. Es la manera en que tiene el psicoanálisis de concebir esta ausencia la que permite a la Teoría de la Hegemonía explicar la formación de nuevas identidades políticas.

La operatoria lacaniana del punto de *capitonage* que permite fijar un sentido hegonizándolo mediante la instauración de un nuevo orden, opera en un segundo movimiento (lógico, no cronológico)²⁶, permitiendo resignificar retroactivamente, a partir de esta necesidad de domesticar la infinitud de lo social, es decir de constituir un *centro precario y provisorio*, la noción de *différance* derrida-

23 *Ibid.*, p. 279.

24 RINESI, E (2003). *Política y Tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Colihue, Bs. As., Argentina.

25 LACLAU, E (2002). *Misticismo, Retórica y Política*. FCE, Bs. As., Argentina, p. 69-70.

26 Cfr. LACLAU, E (1993). *Op.cit.*, pp. 104-105.

na como lo Real lacaniano. Se incorpora, en este acto, la dimensión de afecto/goce que permite explicar cómo se generan estas nuevas formaciones sociales mediante catexias diferenciales en un objeto parcial/significante vacío. Este cambio en el status del vacío/ausencia estructural en el pasaje de Derrida a Lacan es sostenida en base a que la deconstrucción opone a ese pensamiento de la falta o carencia, el pensamiento afirmativo de la diseminación: "La diseminación está ligada a la afirmación nietzscheana, la afirmación gozosa del juego del mundo y de la inocencia del devenir, la afirmación de un mundo de signos sin falta, sin verdad, sin origen, que se ofrece a una interpretación activa. Esta afirmación determina entonces el no-centro de otra manera que como pérdida del centro"²⁷ o para decirlo con Derrida en expresa relación al psicoanálisis lacaniano, "la falta no tiene su lugar en la diseminación"²⁸.

Como se sostuvo en diversos pasajes de este trabajo, la noción de antagonismo hace referencia a la experiencia en la que se muestra el límite y no solo el *diferir* del significado trascendental de toda objetividad social: lo Real del antagonismo de esta manera es ese núcleo traumático no-simbolizable. El esfuerzo por positivizar este vacío se produce mediante la generación de significantes de vacuidad tendencial cuyos contenidos ónticos, por definición, nunca lograrán colmar la función ontológica de nombrar la plenitud de lo social.

Lo Real del antagonismo no es externo a lo social sino que se constituye como el límite inherente/interno de lo simbólico: la causa de lo Real es precisamente la imposibilidad del lenguaje de decirlo todo, de ser una totalidad cerrada. Este límite opera como negatividad: la subversión de lo simbólico por lo Real se realiza con las materias primas existentes que son los distintos contenidos particulares/diferenciales de lo social. La sociedad va a buscar esa plenitud que le es negada representándola por significantes vacíos que le den un nombre, el cual, por consiguiente, no está fijado a ningún contenido determinado *a priori*. Precisamente, este vacío irrepresentable, sobre el que se articula toda estructura social y sobre el que nada se puede afirmar o comunicar, se *muestra* como la falla de lo simbólico de ser él mismo una unidad cerrada. El corolario es que este núcleo Real en tanto tal no puede ser deconstruido puesto que no está ligado al significante, sino que es su exceso: "el antagonismo escapa a la posibilidad de ser aprehendido por el lenguaje, en la medida en que el lenguaje sólo existe como intento de fijar aquello que el antagonismo subvierte"²⁹.

Lo Real/falla si bien no tiene una existencia positiva en la realidad se muestra través de efectos disruptivos y desorganizantes que efectúa en lo simbólico. Lo Real es producto del significante pero se le "escapa" al mismo, por lo que es caracterizado como algo imposible, ya que el propio sistema que lo concibe no lo puede reabsorber. Así se sostiene que lo Real por antonomasia es la *jouissance*, siendo el objeto plus de goce las huellas de ese goce que es producto de la constitución del sujeto por el significante: la pulsión, de esta manera, nunca puede librarse de esa mancha/excedente de goce, dando origen a la compulsión de la repetición de su búsqueda.

Esta última descripción está en el corazón mismo del modo en que operan la deconstrucción y el psicoanálisis dentro de la operatoria lacaniana. Si es decisiva para la Teoría de la Hegemonía las re-totalizaciones parciales, el sujeto es precisamente aquel que intenta cerrar esas brechas de lo simbólico mediante desplazamientos tropológicos. Para que haya decisión/identificación esa falta debe ser elaborada como pérdida: la plenitud ausente de la sociedad es el reverso imaginario de una

27 DERRIDA, J (1989). *Op. cit.*, p. 400.

28 DERRIDA, J (2001). *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Siglo XXI, México D. F., México, p. 415.

29 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Op. cit.*, p. 145.

situación vivida como deficiente. Por eso está compelido en su búsqueda en forma permanente pero siempre elusiva. Se repite, tal como Freud enseñó, porque no se puede recordar. Y lo que no se puede recordar es aquello que nunca se experimentó, “el objeto perdido es un objeto que no está perdido en cuanto tal sino que es postulado como perdido *après coup*, [...] es la falta la que introduce la idea de completud y no viceversa”³⁰, por lo que “ese estado de felicidad, que encarna la *jouissance* perdida/imposible, tiene que ser postulado como perdido (y por lo tanto como preexistiendo a nuestro estado actual) para que nuestra vida en el mundo sociosimbólico tenga sentido, sin él, no afloraría ningún deseo de identificación simbólica”³¹.

En virtud de lo antedicho es importante señalar de este modo que *différance* no es lo mismo que falta, ni tampoco tiene las mismas consecuencias en tanto operadores teóricos. Si escribir es realizar una marca, un trazo, el mismo permanece en el tiempo, sobrepujando el contexto puntual de su notación: se encuentra necesariamente *diferido* de sí. Esta *restancia* del trazo escrito permite su desdoblamiento, desestabilizando la pretensión logocéntrica de la presencia plena a sí misma. Los postulados que Laclau sintetiza como un pasaje no admisible en el pensamiento de Derrida, su mandato de apertura hacia lo otro, están el corazón mismo de la deconstrucción: la reflexión del lenguaje como un sistema de diseminación de huellas abre el horizonte al pensamiento de la justicia porvenir³². Si el otro es una huella, no es ni puede dar lugar a una reinscripción de la metafísica de la presencia, ya que no es un significado trascendental, sino tan sólo su rastro. Este nunca se presenta como tal, sino que siempre queda por-venir. El otro, si es huella, es la de otra otredad. Esta diseminación de la huellas genera el respeto absoluto por su singularidad. Si hubiera un sólo Otro, todo lo que acontece sería una modificación de aquel; por el contrario, es la remisión de huellas lo que asegura la singularidad de cada una de ellas. El postulado de apertura a lo otro es deudor de la idea de una ética de la hospitalidad incondicional para con el rastro del otro, con sus espectros, “la hospitalidad es primera. Decir que es primera significa que incluso antes de ser yo mismo y quien soy, *ipse*, es preciso que la irrupción del otro haya instaurado esa relación conmigo mismo. Dicho de otro modo, no puedo tener relación conmigo mismo, con mi «estar en casa», más que en la medida en que la irrupción del otro ha precedido a mi propia ipseidad”³³. Lo que es necesario subrayar es que la dislocación inherente de todo signo, que permite su iteración, no exige ser suturado, es decir no requiere de retotalizaciones hegemónicas, sino que, precisamente, exige mantener abierto ese *diferir* constante, ya que en la apertura posibilitada por el trabajo de la *différance* se apoya la condición de posibilidad de lo *por-venir*.

Por su parte, desde la perspectiva psicoanalítica, la noción de falta es constitutiva del sujeto; sin embargo esta noción no remite a la extracción de algo propio que fue separado del sujeto. El sujeto es efecto del significante; por lo tanto éste en el mismo movimiento que lo origina, lo constituye en falta (*manque à être*). Esta idea, así planteada, no correspondería a un abismo teórico con la idea de *différance*, que también cuestiona la noción de identidad como una unidad autorregulada. Sin embargo, Lacan, siguiendo a Freud, sostendrá que esa falta debe ser elaborada como pérdida. Esto es así puesto que si la noción de falta sepulta la idea de la identidad plena, posibilita a su vez la constitución de identificaciones simbólicas que constituyen el proceso de subjetivación. Continuando con esta lógica argumentativa, esta pérdida está inextricablemente unida a la idea de una prohibición.

30 STAVRAKAKIS, Y (2008). *Op. cit.*, p. 74.

31 *Ibid.*, p. 87.

32 Cfr. PERETTI, C (2005). “Herencias de Derrida”. *Isegoría*, n° 32, p. 128.

33 DERRIDA, J (1997). *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*. Trotta, Madrid, España, p. 35.

Como se ha señalado con anterioridad, no se debe perder de vista que es la noción de falta la que introduce la idea de una completud. La paradoja de ello es transformar la búsqueda o reencuentro con algo imposible, la Cosa materna (imposible puesto que nunca formó parte de lo propio), en algo prohibido. Esta operatoria es fundamental puesto que si algo está postulado como prohibido, esa falta o hueco que deja su ausencia puede ser vivida como perdida y posible de ser recapturada. Es este argumento el que Laclau repite a la hora de describir el funcionamiento de la construcción de todo pueblo. De este modo, dicho autor sostendrá que:

Una primera dimensión de la fractura es que, en su raíz, se da la experiencia de una *falta*, una brecha que ha surgida en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. Esto es decisivo: la construcción de "pueblo" va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente.

De esta manera, Laclau deja en claro la relación necesaria entre la experiencia de la falta y la construcción de un pueblo, es decir de re-articulaciones hegemónicas. Continuando con esta lógica, argumentará: "Sin embargo, esta experiencia inicial no es solo una experiencia de falta. La falta, como hemos visto está vinculada a una demanda no satisfecha". Esta cita es acompañada de una importantísima aclaración que reproduce la lógica psicoanalítica de la falta-perdida, "seamos claros: solo estamos hablando de una *positivación* de la falta, que es posible porque está basada en una falta más primaria, que precede cualquier tipo de subjetivación". Luego, y en consonancia con los sostenido anteriormente, cerrará su exposición subrayando que esa experiencia primera de la falta/ dislocación, asimilado a lo Real lacaniano, es experimentada como pérdida. Esta última tiene la función de ser una "domesticación" o simbolización de ese núcleo no-simbolizable, introduciendo en escena la instancia que "prohíbe" la plenitud de lo social. Esta "narración" que explica y permite que la falta se materialice en tanto pérdida, es la que da sustento a toda construcción de una frontera antagonica: "esto implica introducir en el cuadro la instancia que no ha satisfecho la demanda. Una demanda siempre está dirigida a alguien. Por lo cual nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquí comenzamos a comprender porque la *plebs* se percibe a sí misma como el *populus*, la parte como el todo: como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como *ser deficiente*, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable"³⁴.

El pasaje de la imposibilidad de todo orden, producto de una indecibilidad radical, se resignifica en la idea de la falta constitutiva de lo social que debe ser elaborada como perdida-prohibición para poderse generar una identidad política. El pasaje de Derrida, a Lacan se consume en este mismo acto.

El isomorfismo entre la lógica hegemónica y el objeto a (plus de goce) permite dar cuenta del porqué y del cómo se generan nuevos ordenes hegemónico³⁵. Como se subrayó anteriormente, la

34 Todas las citas anteriores corresponden a LACLAU, E (2005). *Op. cit.*, pp. 112-113.

35 En coincidencia con lo postulado acerca de la relación Derrida-Lacan, Frida Saal, subraya lo siguiente: "Quisiera pues, para terminar, dejar planteada la hipótesis que, la principal diferencia que queda en pie en este campo cultivado por Lacan y Derrida, es la elaboración lacaniana del objeto a, perdida necesaria para que haya sujeto. Por ello el campo de la psicosis es el lugar de las diferencias, y de la *diferencia*" SAAL, F (1996). "Lacan-Derrida", in: *El psicoanálisis y la escritura*. Coloquios de la fundación. Siglo XXI, México. Este señalamiento es sumamente pertinente para la argumentación realizada, puesto que la autora pone del lado del discurso psicótico el juego de las diferencias "derridianas", siendo éste el que Laclau deja de lado, ya que hegemonizar es precisamente la disputa por fijar nuevos sentidos. Si hubiera puro juego de las diferencias, esto sería imposible (Cfr. LACLAU, E (1993). *Op. cit.*, pp. 104-105).

plenitud de lo social, al igual que la Cosa materna, tiene una función retrospectiva. Como nunca formó parte de lo propio, ningún objeto está predeterminado a ocupar su lugar. Esta situación es la que permite mantener abierta la lucha hegemónica, la propia posibilidad de lo político, en pos de investir un objeto parcial/significante vacío con la dignidad de la Cosa. El significante vacío, al representar el principio ontológico de la plenitud ausente de la sociedad, está altamente investido afectivamente. Es una parcialidad que se convierte en el nombre de una totalidad imposible.

Si la imposibilidad de todo elemento en devenir momento, le da su carácter flotante, la deconstrucción brinda los elementos para pensar el campo general de la discursividad. Este concepto hay que distinguirlo analíticamente del de “discurso” que se constituye como el intento por dominar a éste último, “por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro. Los puntos discursivos privilegiados de esta fijación parcial los denominaremos puntos nodales”³⁶.

Se puede ver el modo en que Laclau a su manera intenta integrar los aportes derridianos con los lacanianos:

la sociedad no consigue nunca ser idéntica a sí misma, porque todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que la desborda. La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad³⁷.

Lo que se ha querido subrayar es precisamente que, para pensar modos de fijación de sentido, derivados de una estructura indecible, el vacío que la habita debe jalonar su reconstrucción de algún modo. Para que la fijación de sentido se desprenda como una exigencia de ese vacío que habita toda estructura, este último debe tener cierta especificidad a través de la cual se plasme una concordancia necesaria entre su caracterización y el modo en que se lleven adelante tales re-totalizaciones. La lógica del objeto a, antes bien que el dispositivo derridiano, brinda las coordenadas que permiten pensar tal funcionamiento.

En relación a las condiciones históricas existentes, dado que Laclau postula la primacía de lo heterogéneo como parte constituyente del capitalismo globalizado, toda articulación política depende del efecto homogeneizador de los significantes vacíos. La hipótesis basada en la mayor preocupación de Laclau en los procesos de surgimiento de formaciones hegemónicas muestra porque la lectura lacanianiana acerca de la búsqueda incesante, de la que no se tiene escapatoria, de ese objeto imposible y a la vez necesario, fuente de satisfacción/goce, permite releer la noción de *différance* utilizada para demostrar la infraestructura indecible/dislocada de toda estructura como habitada por una falta/Real: la dislocación de la estructura, que posibilita el juego a la lucha hegemónica, no sienta las bases de una apertura al otro, sino que abre la puja por nombrar la plenitud ausente de la sociedad.

36 LACLAU, E & MOUFFE, Ch (1988). *Op. cit.*, p. 129.

37 *Ibid.*, p. 130.